

Ver a Jesús por donde anduvo

Autor: G. André

Al final de su vida en esta tierra el apóstol Juan, aquel a quien Jesús amaba y con quien tenía mayor intimidad que con otros, nos dice con emoción: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1:1-4).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prefacio	3
Introducción	4
A orillas del Jordán	6
En el monte	8
Junto al mar	12
Junto al mar	12
Las travesías	13
Las pescas milagrosas	15
En la casa	17
Casas donde Jesús fue invitado	19
En el camino	23
En Galilea	24
Se apartó	25
Hacia Jerusalén	25
En la sinagoga y en el templo	29
En la sinagoga	29
En el templo	31
En el huerto	35
Getsemaní, el huerto de la noche	35
El huerto de la aurora	38

Prefacio

Hace aproximadamente un siglo y medio J. G. Bellet (1795-1864) atrajo el interés de los creyentes con sus dos folletos, siempre actuales: «La gloria moral del Señor Jesucristo» y «El Hijo de Dios». Puso ante sus ojos la vida inmaculada del Señor Jesucristo.

Sus glorias son de tres naturalezas distintas: personales, oficiales y morales. Su gloria personal es la de Hijo eterno de Dios, su propia naturaleza: “Aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Veremos esta gloria, pero no la compartiremos: “... para que vean mi gloria” (Juan 17:5, 20, 24). Su gloria oficial, la del Mesías, del Rey de reyes, raramente se mostraba durante su camino terrenal. «Estas glorias generalmente permanecían ocultas cuando él pasaba, día tras día, por las diversas circunstancias de la vida. Pero su gloria moral no podía estar escondida: Jesús no podía ser sino perfecto en todo; era su carácter, lo que él era... esa gloria resplandecía, que la pueda o no soportar el hombre; y ahora ilumina cada página de los cuatro evangelios, como antes iluminó los senderos por los que el Señor caminó aquí» (J. G. B.).

Algunos autores trataron de realzar algunos rasgos de esta gloria moral. Especialmente F. v. Kietzell en su volumen «La obra cumplida» las señala en las últimas horas del camino del Señor Jesús.

En estas páginas veremos algunos lugares por donde el Señor Jesús pasó, con el fin de que nos ayuden a verlo mejor con los ojos del corazón, en el camino recorrido en este mundo. En diversos capítulos se reencuentran algunos incidentes, pero desde una perspectiva distinta. Sin embargo, la misma Persona sigue siendo siempre el objeto de nuestra atención y de nuestro amor.

Para aprovechar estas líneas se aconseja encarecidamente leer en los evangelios mismos los pasajes que se consideran. Solo la Palabra de Dios es viva.

Introducción

Quisiéramos ver a Jesús.



Juan 12:21

Anduvo haciendo bienes y sanando



A todos los oprimidos por el diablo,
porque Dios estaba con él.

Hechos 10:38

Al final de su vida en esta tierra el apóstol Juan, aquel a quien Jesús amaba y con quien tenía mayor intimidad que con otros, nos dice con emoción: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1:1-4).

El apóstol había visto a Jesús, lo había oído, lo había contemplado, lo había tocado con sus manos. Su corazón estaba tan lleno con esto que quería compartir esta visión con sus hermanos, para que contemplando esta maravillosa Persona, en la comunión con el Padre, “vuestro gozo sea cumplido”.

Pedro también nos habla así, pero haciendo esta precisión: “sin haberle visto”. Sin embargo, los ojos de nuestro corazón pueden verle a través de las páginas de los evangelios, cuando anduvo de lugar en lugar enseñando, predicando, sanando. Así él llega a ser para nosotros una Persona mejor conocida, mejor amada; “en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8).

Se afirma así el deseo de considerar al Señor Jesús en las diversas etapas de su vida, por los diversos lugares donde se encontró. ¿Qué otra ocupación podría regocijar mejor nuestros corazones? Seguirle en su camino por “todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 9:35).

Durante todo ese tiempo consagró muchos esfuerzos a la formación de sus discípulos, preparando a esos testigos que hablarían de él, no solo en Jerusalén, sino también “en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). En ese camino de amor consideremos también a “aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo”, de parte de aquellos a quienes había venido a buscar y a salvar, pero que en pago de su amor, fueron sus adversarios (Salmo 109:4).

Desde la orilla del Jordán hasta el «huerto de la aurora», las glorias morales, el carácter, su manera de ser, el comportamiento del Señor Jesús se nos presentan en las situaciones más variadas, escondiendo «bajo el velo espeso de un galileo despreciado» la gloria de su Persona divina.

A orillas del Jordán

Juan el Bautista había sido enviado para preparar “el camino del Señor” (Mateo 3:3). En medio de la ruina moral de Israel, un pequeño residuo todavía esperaba al Mesías. Venían a su bautismo, bautismo de arrepentimiento, confesando sus pecados. Juan anunciaba que aquel que vendría después de él sería más poderoso que él; decía que él mismo no era digno de desatar sus sandalias. El pueblo debía esperar, pues, a un gran personaje.

“Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán...”. En aquellos días Jesús de Nazaret... hijo del carpintero de su aldea, y también carpintero, hombre pobre, sin renombre, se aproximaba al río. No venía para hacer milagros, sino a tomar humildemente un lugar entre los que se arrepentían, aunque no tenía ningún pecado que confesar, porque él “no hizo pecado” (1 Pedro 2:22), “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21), “no hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

Estaba enteramente separado del mal en su naturaleza y en sus caminos. Pero convenía a la posición que había tomado en medio de su pueblo terrenal, que “cumpliese toda justicia”. Encontraba su complacencia en los “íntegros” de la tierra, quienes se arrepentían y confesaban sus pecados (Salmo 16:3). Ese primer contacto ponía en evidencia toda su humildad y la gracia que todavía hoy empuja al arrepentimiento y le responde.

Sin embargo, era necesario que fuese diferenciado claramente de todos los asistentes. Después de haber sido bautizado, subió del agua y oró. El cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre él. Cuando Juan lo vio ir hacia él, dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). ¿De dónde venía este cordero? ¡No solo de Nazaret! A través de todo el Antiguo Testamento, muchas figuras anunciaban ya su venida. Desde el monte Moriah, su sacrificio marcó toda la historia de Israel. Su origen es desde la eternidad (Miqueas 5:2). Venía desde mucho antes todavía, desde el fondo de la eternidad: “ya destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:20). “Es antes de mí”, decía Juan el Bautista. El comienzo de nuestro capítulo lo declara:

“ En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1:1).

¿Y con qué fin venía? Para quitar “el pecado del mundo”, pero también para bautizar “con el Espíritu Santo” a los creyentes, y con “fuego” a los que rechacen el Evangelio y sean alcanzados por el fuego del juicio.

Un testimonio mayor aún que el de Juan le sería dado. Cuando Jesús nació, el ángel anunció a los pastores el gran motivo de gozo. Pero aquí la voz del Padre mismo se hizo oír: “Este es (en Marcos y en Lucas dice: Tú eres) mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17).

Por primera vez el Dios invisible se dirigía al Dios manifestado. Claro que en su humillación era Jesús de Nazaret; pero la fe aprendía a discernir en él al Cordero de Dios. Era además el “Hijo amado” del Padre. Se dio a conocer la Trinidad: el Espíritu Santo descendió sobre él como una paloma, y “permaneció sobre él”.

Juan solo fue una voz, no un objeto de contemplación. “Vio” a Jesús; le rindió testimonio. “El siguiente día vio... a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios”. Todo su ser y todo su corazón se concentraban en esta Persona, y su testimonio iba a animar a otros para seguir a Jesús. Fue un encuentro inolvidable; y los dos discípulos anotaron el momento: la hora décima. Luego otros fueron ganados por su testimonio. Si nosotros estuviésemos más compenetrados por el inmenso amor del Cordero de Dios, ¿no seríamos todos testigos más fieles de la grandeza de nuestro Salvador y de su obra? (Salmo 45:1).

El ministerio de Juan el Bautista iba a tener su fin. ¡Qué gozo había tenido al contemplar a esta Persona maravillosa! Mediante esta misma contemplación, la vida de cada uno de nosotros puede ser transformada (2 Corintios 3:18). Y Juan terminó “su carrera” (Hechos 13:25) con estas palabras: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30), las cuales han resonado desde entonces en los corazones de muchos cristianos.

En el monte

El monte ocupa un lugar importante en la Palabra. A menudo Dios se reveló allí, y allí se sentía su presencia. En Moriah, Abraham y su hijo Isaac iban juntos. En Sinaí, Moisés recibió las revelaciones divinas. En el monte Nebo contempló, en la compañía de Dios, toda la extensión del país. La maldición y la bendición eran pronunciadas sobre los montes Ebal y Gerizim.

Pero cuánto más atractivos son para nosotros los montes del Nuevo Testamento, en particular los que están relacionados con la vida del Señor Jesús.

El monte, generalmente un lugar de tranquilidad y recogimiento, contrasta con **la llanura** en Mateo 5:1, donde se encontraba la multitud. En el monte los discípulos se acercaron a Jesús, quien estaba sentado allí. Siguió momentos de comunión, apartados, con él. El Maestro abrió su boca, y nueve veces consecutivas repitió:

“ Bienaventurados... bienaventurados... Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos (Mateo 5:1-12).

Primera escena del evangelio donde trae la felicidad a aquellos que le seguirán, una felicidad que tiene su parte arriba y no en la tierra. (Al final de su ministerio, ¡cuántas veces el Señor tendría que repetir: “Ay... ay...”!, porque fue rechazado (Mateo 23:13).

Sobre este monte, Aquel que había promulgado la ley en el Sinaí volvió a tomar algunos términos para mostrar que en el reino se juzgará no solamente según los frutos, sino según la fuente secreta que los haya producido. Pero ahora, en medio de los suyos, personificaba la gracia, trayendo una atmósfera apacible y bendita, tal como Moisés la había encontrado en Horeb, cuando “Yo soy” había “visto” y “oído” la miseria de su pueblo y había “descendido” para librarlos (Éxodo 3).

Para **escoger a los doce discípulos**, Jesús fue nuevamente primero “al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios” (Lucas 6:12). Esa elección sería decisiva para toda la vida de esos hombres. “Desde el principio” (Juan 6:64) Jesús sabía lo que acontecería con cada uno de ellos, en particular con Judas, quien le entregaría. A algunos les cambió sus nombres, pero no su carácter. Se necesitaría toda la educación divina para hacer de un Boanerges (Hijo del trueno) el “discípulo a quien Jesús amaba”; de un Tomás, a menudo incrédulo y terco, un discípulo fiel. Con ese fin, el Hombre perfectamente dependiente había pasado una noche orando. Es, pues, muy importante que consagremos tiempo a la oración antes de hacer una elección y de tomar una decisión. Sobre

este monte Jesús llamó a “los que **él** quiso” (Marcos 3:13), ¡no a los que deseaban ser elegidos! Job dijo: “Llamé a mi siervo, y no respondió” (Job 19:16). En el monte donde el Maestro iba a establecer a sus discípulos, ellos vinieron a él. ¿Cuál era el propósito de su llamado? Era un objetivo triple. Primero, “para que estuviesen con él”. Cuán importante es, antes de cualquier servicio, pasar suficiente tiempo con él, para ser formados, enseñados, preparados. Durante tres años el Señor Jesús dedicaría su corazón y su esfuerzo para formar a esos discípulos. Ellos estarían con él en el monte, en el mar, en el camino y hasta en el huerto de Getsemaní.

Luego los enviaría a predicar. El precioso testimonio dado de su Persona y de su obra traspasaría los límites de Jerusalén y de Samaria, y se extendería “a toda criatura” (Marcos 16:15). Predicación oral y escrita, pero también, y especialmente, a través de la vida y la conducta. Por último, les dio “autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”. No solo el hacer milagros como señal del poder de Dios para introducir el Evangelio, sino el milagro aún más grande de la salvación de un alma, librándola del poder de Satanás.

Varias veces Jesús se fue **solo, aparte**, para orar. Como continuamente estaba rodeado de enfermos, de discapacitados, de multitudes que le apretujaban, necesitaba esta soledad con su Padre. Después de la primera multiplicación de los panes, cuando la muchedumbre hablaba de “venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo” (Juan 6:15). Había instado a sus discípulos a entrar en la barca e ir delante suyo a la otra ribera, mientras él despedía a la multitud. Para los discípulos existía el peligro de ser adulados por esa gente, o de desear que el Mesías rechazado tomara un lugar que solo debía recibir más adelante. Después de haber cumplido un servicio con éxito, es necesario velar para saber retirarse antes que recibir cumplidos y alabanzas. Repasando luego los acontecimientos, solo en la presencia de Dios se puede discernir las faltas y las debilidades, en lugar de pensar en gloriarse (comparar Marcos 6:30).

Jesús oró sobre este monte. Los discípulos estaban en medio del mar. Los veía remando atormentados. El viento les era contrario; durante horas no avanzaron sino veinticinco o treinta estadios (algunos kilómetros). Jesús, viéndolos, intercedía por ellos; los discípulos lo habían olvidado, y cuando él se acercó, andando sobre el mar –lo que ningún otro podía hacer– creyeron ver un fantasma, en vez de recibir a su Maestro con gozo.

En los evangelios se encuentran otros montes, pero hay uno más alto que los demás, a donde el Señor Jesús, tomando consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan los llevó aparte. Ellos habían sido testigos de la resurrección de la hija de Jairo. Más tarde, Él les invitaría a velar con él en el huerto

de Getsemaní. Entre esas dos etapas, se encontraban en aquel momento apartados, solos con su Maestro en el monte; él oraba, pero ellos estaban rendidos de sueño (Mateo 17, Lucas 9). Cuando despertaron “vieron la gloria de Jesús”.

“Seis días después, Jesús...”, se nos dice en Mateo y Marcos. Después de seis días de trabajo, de servicio, hay un día con Jesús, para contemplarle. Lucas nos dice: “Como ocho días después”; ese octavo día nos habla del primer día de una nueva semana. ¿Por qué los discípulos estaban rendidos de sueño, igual que en Getsemaní, cuando se durmieron de tristeza? ¿Por qué tan a menudo nuestros espíritus están preocupados, adormecidos, hasta indiferentes, cuando reunidos alrededor del Señor anunciamos su muerte y contemplamos su gloria?

Cuando sus ojos fueron abiertos, le vieron “resplandeciente” como la luz; dos personas, Moisés y Elías, hablaban con él “de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). El día de la resurrección, en el camino a Emaús, el Hombre resucitado recordaría a dos discípulos que era necesario que el Cristo sufriese y entrase en su gloria. Los sufrimientos debían ser su parte; las glorias solo vendrían después. Ahora, sobre este monte, ya tenemos un bosquejo. La gloria que brilló allí no fue solamente la del Mesías. Mientras Moisés y Elías desaparecieron, la Voz que ya había resonado en el Jordán se hizo oír nuevamente: “Este es mi Hijo amado; a él oíd”. El Padre presentó al Hijo quien, junto con el legislador y el profeta, acababa de hablar sobre la obra. Los discípulos volvieron a encontrarse con “Jesús solo”. Los tiempos de Moisés y Elías estaban cumplidos; “Jesús solo” debía ser escuchado. La visión de la gloria milenial se apagó. Delante de ellos solo permaneció Aquel que era, es y será el Hijo amado del Padre.

Sobre **el monte de los Olivos**, frente a Jerusalén, Jesús pronunció el gran discurso profético que anunciaba el fin de la ciudad y los acontecimientos de los últimos días. Pasó allí sus últimas noches, cuando ninguna casa en Jerusalén se abrió para recibirlo (Lucas 21:37). En el huerto, al pie de este monte, vivió las horas terribles de su agonía. En Betania, detrás de este mismo monte, el Salvador resucitado, levantando sus manos, bendijo a los suyos y fue llevado al cielo. Sobre este monte también afirmará sus pies el día de su gloriosa aparición (Zacarías 14:4), para librar al remanente de su pueblo que habrá reconocido su culpa y clamado a él en medio de las angustias de la gran tribulación.

Antes de la ascensión, el Señor se apareció a sus discípulos en Galilea, en el “monte donde Jesús les había ordenado” ir (Mateo 28:16-20). Sobre este **monte de la resurrección**, el Vencedor de la muerte, a quien fue dada toda autoridad, se aproximó y confió a los suyos la misión (repetida en diversas formas al fin de cada evangelio y al principio de los Hechos) de ir a hacer discípulos

a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guardaran todas las cosas que les había mandado: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Como él, vale la pena ir de vez en cuando “al monte”. No para quedarse solo (porque puede traer graves tentaciones), sino para estar ante la presencia de Dios. No solamente una hora o dos, sino un día, dos días, tres días...

“
¡Te necesito ya! Bendito Salvador,
Me infunde dulce paz tu tierna voz de amor;
Gozar la buena parte, sentarme aquí a tus pies,
Sombra y árbol de vida, me das todo a la vez.
Himnos & Cánticos, N° 159

También es importante ir seguido al “monte de la mirra” (Cantares 4:6), que nos habla de los profundos sufrimientos que el Señor padeció en nuestro lugar, bajo el juicio de Dios contra el pecado; “monte” que nos supera por su altura inaccesible. También vale la pena subir al “collado del incienso” donde podemos, en respuesta a su amor, ofrecerle, y por él al Padre, el perfume de la adoración hasta que “apunte el día y huyan las sombras”. Entonces conoceremos como fuimos conocidos (1 Corintios 13:12).

“
¿De qué incienso la fragancia
Pura, a Ti subiera en olor?
El nardo de nuestra alabanza
¡Oh Jesús! ¿no es tu mismo amor?
Himnos & Cánticos, N° 32

Junto al mar

El monte nos habla íntimamente de la comunión con el Señor. El mar presenta, sobre todo, las circunstancias exteriores, el ruido de la muchedumbre, los altibajos de la vida y también el ministerio público que tuvo un amplio lugar en la senda de Jesús.

En efecto, el Señor no permaneció en el monte donde llamó a sus apóstoles, después de una noche de oración, sino que “descendió con ellos, y se estuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente” (Lucas 6:17). Jesús se acercó a los enfermos, a las almas atormentadas, siempre estuvo dispuesto para cada uno. No pasó su vida en las alturas; también descendió junto al mar. No se alejó de la multitud, al contrario, se acercó a ella; se encontró con cada uno tal como era, sin hacer discriminación entre los simpáticos y los más repulsivos; siempre estuvo presto para responder incansablemente a todas las necesidades: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir”.

Junto al mar

“Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar” (Mateo 4:18). ¿Le vemos nosotros recorrer así la ribera? Los dos hombres dejaron sus redes, fuente de sus recursos, y le siguieron; Jesús les haría pescadores de hombres.

Más adelante halló a otros dos hermanos, Jacobo y Juan, que remendaban sus redes en la barca, e inmediatamente los llamó. Ellos no dejaron solamente la barca, sino también a su padre. “Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él... Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: “Sígueme. Y levantándose, le siguió” (Marcos 2:13-14). Leví (o sea Mateo – Mateo 9:9) dejó su posición de servicio a los romanos, su trabajo, su profesión; jamás podría volver a tomarlo, como sus colegas a sus redes (Juan 21); hablando simbólicamente, no llevó consigo sino la pluma y la tinta; muchos años más tarde escribiría el evangelio según Mateo que haría viva, por todas las generaciones, la carrera del Mesías prometido.

En medio de sus actividades profesionales y de sus obligaciones familiares, el llamado del Señor alcanzó a esos hombres. Le dieron el primer lugar. Luego toda su vida fue transformada. El Señor no llama a cada uno de los suyos a consagrar todo su tiempo a su servicio; pero a menudo nos presenta una u otra tarea particular; la gracia pone ante nosotros las ocasiones de serle útiles. ¿Le responderemos como el siervo de Job (Job 19:16), o como estos hombres de Galilea?

Junto a este mar Jesús sanó a muchos enfermos, socorrió a los afligidos, libró del poder del mal a los que estaban cautivos (Marcos 3:7-11).

“ Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar, y se reunió alrededor de él mucha gente, tanto que entrando en una barca, se sentó en ella en el mar; y toda la gente estaba en tierra junto al mar (Marcos 4:1).

¡Qué cuadro de la perseverancia incansable del perfecto Salvador, quien sabía tanto obrar como enseñar! Se adaptaba a su auditorio, instruyendo a unos por medio de parábolas y, en la intimidad, interpretando todo a sus discípulos (Marcos 4:33-34). La multitud venía de muy lejos, del sur y del norte del país. Jesús tuvo compasión de ellos. ¿La tenemos también nosotros, en nuestra época tan carente de fe cristiana, cuando tantas almas tienen necesidad del mensaje de Cristo, como ovejas cansadas y dispersas que no tienen pastor?

Vino “al mar de Galilea... Y le trajeron un sordo” (Marcos 7:31-35). Nosotros también podemos traer almas al Señor, como Felipe lo hizo con Natanael, o Andrés con Simón (Juan 1). ¡Cuántos ciegos y sordos hay a nuestro alrededor! Jesús tomó al hombre aparte y, tocándolo, mostró que de corazón compartía sus circunstancias. Se necesita una decisión personal para pertenecer a Cristo. El Señor levantó los ojos al cielo, ejemplo para nosotros cuando sentimos nuestra incapacidad. Los oídos y la boca del sordomudo fueron abiertos. ¿Qué escucharía luego? ¿Qué clase de palabras pronunciarían sus labios? Jesús dijo: “Efata”, que significa: “sé abierto”. Ábrete a una nueva vida, a la verdad, al verdadero gozo. Si sabes escuchar, podrás hablar y compartir el mensaje de la gracia de Dios con otros. Si entre nosotros hay demasiados mudos, ¿no será porque no saben oír?

Los discípulos fueron con el Maestro “aparte” para contarle “todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado” (Marcos 6:30). “Aparte” los oídos del sordo fueron abiertos; primero hay que escuchar, luego ver, como el ciego conducido por Jesús “aparte” para sanarlo. Y después contemplar Su gloria “aparte” sobre el monte alto.

Las travesías

Al atardecer de una jornada, después de que el Señor enseñó a la multitud anunciando la Palabra “conforme a lo que podían oír”, dijo a sus discípulos: “Pasemos al otro lado”. Iban a cruzar el mar, símbolo de toda la agitación de las circunstancias de la vida, pero Jesús estaba con los suyos. ¿Por qué temieron ante el viento y las olas, y no tenían fe? Porque habían olvidado el poder

de Aquel que les acompañaba (Marcos 4:35-41). Él, como hombre, cansado del trabajo del día, “estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal”. Es la única ocasión en la que le vemos dormir. Pero no le fue dado el reposo, como tampoco le fue dada el agua cuando tenía sed en el pozo de Sicar, ni pudo comer los higos de la higuera que solo tenía hojas.

En su humanidad perfecta, conoció el cansancio, la sed y el hambre; no hubo descanso para él. Como verdadero Dios, se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: “Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza”. Y decían entre ellos: “¿Quién es este...?”. Agur ya lo había preguntado diciendo:

“ ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si lo sabes? (Proverbios 30:4).

Y nosotros, ¿qué respuesta daremos?

Jesús atravesó el mar para liberar a un hombre poseído por el demonio. Tal era su amor por la multitud como por un hombre endemoniado. Pasando nuevamente a la otra orilla, estando junto al mar (Marcos 5:21), vino a él Jairo, suplicándole por su hija. Una mujer fue sanada en el camino; la joven fue devuelta a sus padres. Luego “salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos”.

Otra noche, en otra travesía, los discípulos estaban nuevamente solos “en medio del mar” (Marcos 6:47). Era la prueba en la que el Señor los había puesto, después del gozo de la multiplicación de los panes. Necesitaban esa experiencia, pues por los milagros “aún no habían entendido”. Así es cuando un tiempo de bendiciones no nos ha acercado más al Señor; él permite días de adversidad para llevarnos a conocerle mejor: “Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mateo 14:33). Echados de un lado a otro por la tempestad, cansados de remar, como lo vimos anteriormente, los discípulos habían olvidado al Señor. Cuando él fue hacia ellos, creyeron ver un fantasma. Él no se impuso, simplemente hizo como si quisiera “adelantárseles”, como más tarde en Emaús: “hizo como que iba más lejos”. ¡Pero él desea ser invitado! Al clamor de ellos, su voz respondió: “Yo soy, no temáis”. Primero tranquiliza el espíritu; luego los elementos desencadenados serán apaciguados. La depresión mental no proviene de las circunstancias, sino de la manera como estas son abordadas. El creyente debe afrontarlas con un espíritu sereno, en comunión con el Señor, para poder oír su voz diciéndole: “Yo soy, no temáis”. Pedro quiso ir al encuentro del Señor, caminando sobre el tempestuoso mar. Necesitaba todo el poder divino para lograrlo, pero al ver

el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. ¿Qué sucedería? “¡Señor, sálvame! **Al momento** Jesús, extendiendo la mano, asió de él” (Mateo 14:28-31). La mano fiel no dejó que su discípulo desapareciera en las aguas. El hombre de poca fe había dudado, pero el Salvador no tardó en socorrerlo. “Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento”.

Otra travesía por el mar (Marcos 8:10) había llevado a Jesús a la región de Dalmanuta. Los fariseos discutían con él. El Señor sentía su oposición tenaz, “gimiendo en su espíritu” (v. 12). Dejándolos, entró otra vez en la barca y se fue a la otra ribera. ¿Qué fin tenía esta doble travesía? A su regreso, enseñó a sus discípulos y los puso en guardia contra la levadura de los fariseos y la de Herodes: hipocresía, legalismo, formalismo; y por otra parte, contra la búsqueda de posición por medio de la amistad con el mundo. Les hizo nueve preguntas sucesivas, y ellos no supieron qué responder. Se parecían al ciego al que el Señor condujo hasta que su vista fue restablecida para que viera “claramente”. Con tristeza tuvo que decirles: “¿No entendéis ni comprendéis?”. Lo mismo sucede con nosotros, a veces dudamos del poder de Dios, y más aún, de su amor.

Las pescas milagrosas

En Lucas 5 Pedro, quien ya se había encontrado con Jesús a orillas del Jordán, conoce su poder y encuentra en él a su Salvador. Ante el milagro, exclama: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Pero Jesús no se apartó. No rechazó al pecador que estaba de rodillas ante él; al contrario, le dijo: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Después podría palpar el poder del **Creador**. Sin reflexionar, cuando los recaudadores de impuestos le preguntaron si su maestro pagaba el impuesto, contestó que sí. ¡Qué aprieto cuando se encontró con él en la casa y Jesús le planteó la cuestión! Sin embargo, Jesús aceptó la posición de extranjero en la tierra. Él, el Señor del templo, se sometió a pagar el impuesto para no escandalizarlos. Para eso el Creador no tenía necesidad de ayuda humana. No pidió limosna. Envío a su discípulo a echar el anzuelo al mar y tomar el primer pez que sacara:

“ Y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti
(Mateo 17:24-27).

¿Por qué dice por mí y por ti, y no por nosotros? Pedro había puesto a su Maestro al nivel de otro judío, pero la gloria del Mesías debía ser preservada. Él no estaba al mismo nivel que su discípulo, aun si en su humillación tomaba ese lugar. El mensaje transmitido por María Magdalena di-

ría: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre (no, a nuestro Padre), a mi Dios y a vuestro Dios”. Coloca a los suyos en su misma relación con el Padre, con su Dios. Pero él sigue siendo el “primogénito entre muchos hermanos”.

Simón Pedro, el pescador, ya encontró al Salvador y al Creador. Más tarde conoció al Restaurador. A orillas de este mismo mar de Galilea, después de otra pesca milagrosa, Jesús resucitado le dijo: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?”. Pedro solo pudo responder: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Luego Jesús lo restauró en el servicio: Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas, apacienta mis ovejas (Juan 21). El amor por el Señor y por los suyos es lo único que importa.

A orillas de este mar de Galilea, la muchedumbre se había beneficiado del ministerio del Salvador. A orillas del mar y en el mar, los discípulos aprendieron a conocerle en su poder, en su amor y en su gracia. Habían gozado estar junto a él en el monte. Pero allá arriba jamás hubieran aprendido las lecciones que recibieron en el mar, con el viento y las tempestades, en medio de los heridos, los pobres, los ciegos.

Vendrá un día cuando será dicho: “El mar ya no existía” (Apocalipsis 21:1). Hay un reposo para el pueblo de Dios. Reposo eterno junto a Jesús; las penas y los dolores habrán pasado; pero el Amigo fiel que estuvo con nosotros para atravesarlas, será el mismo para siempre.

En la casa

Generalmente la casa es para el hombre “su lugar”. Los Proverbios comparan a aquel que se va de su lugar con el “ave que se va de su nido” (Proverbios 27:8). La casa evoca la seguridad, la atmósfera de intimidad de la familia, las circunstancias vividas juntos. ¿Qué conoció Jesús de todo esto en la tierra? Cuando nació, no hubo lugar para él en el mesón (Lucas 2:7), aunque antes lo hubo para Johanán y sus compañeros (Jeremías 41:17). En la casa sobre la cual la estrella se detuvo, los magos le adoraron; poco después José y María debieron huir a Egipto...

Más tarde el Señor Jesús declararía, sobre la vida errante de su ministerio: “El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mateo 8:20). Sin duda habitó algún tiempo en Capernaum (Mateo 4:13; Juan 2:12), pero no encontraba un lugar que fuese suyo. Cuando en Jerusalén cada uno se fue a su casa, él no tuvo otro refugio que el monte de los Olivos (Juan 7:53). Al atardecer, cuando el pueblo había clamado: ¡“Hosana”!, ninguna casa se abrió en Jerusalén para recibirle. Dejó la ciudad y se fue a Betania con los doce.

“ Y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos (Lucas 21:37).

Sin embargo, a lo largo de los evangelios, varias veces lo encontramos “en la casa”, sin que se precise exactamente cuál era. Tendría que haber sido un lugar de intimidad, de tranquilidad, de descanso. No obstante, el evangelio de Marcos, el del Siervo, insiste sobre los visitantes que se encontraban allí: “Y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta” (Marcos 2:1-2). Allí respondió a la fe de los cuatro amigos que trajeron un paralítico, a pesar de la oposición de los escribas que estaban allí.

Esperó estar en “la casa” para sanar a los dos ciegos que le pidieron piedad en el camino. En la tranquilidad de esta casa, “les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:27-30).

Más tarde “vinieron a casa. Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan” (Marcos 3:20). Nuevamente los escribas se opusieron, y los suyos querían tomarle, “porque decían: Está fuera de sí”.

Sin embargo, en otras ocasiones la casa fue el lugar de encuentro con sus discípulos, quienes entonces podían hacerle preguntas cómodamente. Después de haber despedido a la multitud, y de haber entrado “en la casa”, ellos le preguntaron sobre la parábola de la cizaña del campo. Jesús

les declaró su significado, pero quería llevar en pensamiento a los suyos mucho más lejos, a los misterios internos del reino. Mediante las palabras «además, también y asimismo» introdujo las parábolas del tesoro, de la perla de gran precio y la de la red (Mateo 13:36-50). ¿Qué eco tiene en nuestros corazones la mención repetida de este hombre que se “va, y vende todo lo que tiene”, o que se “fue y vendió todo lo que tenía” (v. 44, 46)? Los discípulos creyeron haber comprendido (v. 51), pero luego mostraron que no (Hechos 1:6).

Otro día, “cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola”. Ellos no habían alcanzado a comprender el pensamiento de Jesús, no habían entendido que el hombre no está manchado por las impurezas exteriores, sino mucho más por lo que sale de su propio corazón (Marcos 7:17-23). Solo el nuevo nacimiento puede cambiarlo.

Los discípulos no habían podido sanar a un muchacho endemoniado. Jesús dijo: “¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?”. Los discípulos esperaron que Jesús entrara “en casa” para preguntarle: “¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?”. También nosotros nos preguntamos a veces: ¿Por qué esa falta de poder? El Señor les reveló el secreto: oración y ayuno, que es el renunciamiento a todo lo que frena la vida espiritual (Marcos 9:28-29). Quisiéramos trabajar para el Señor, pero olvidamos nuestra total incapacidad, que solo encuentra su recurso en Su poder, por medio de la oración. Muchas cosas del mundo debilitan el sentido espiritual, el trabajo es infructuoso, debido a la falta de “ayuno”.

“En casa” los discípulos manifestaron al Señor su preocupación en cuanto al divorcio (Marcos 10:10-12). Para él fue la ocasión de hacer resaltar la santidad del matrimonio. Más tarde el apóstol insistiría sobre la importancia de casarse “en el Señor” (1 Corintios 7:39).

Luego enseñó a sus discípulos en cuanto a sus sufrimientos. “Ellos no entendían esta palabra” (Marcos 9:32), y en el camino disputaban “quién había de ser el mayor”. En el camino Jesús no intervino, pero “cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron”. Él dejó hablar su conciencia mientras cada uno seguía con sus quehaceres, guardaba su ropa y tal vez se lavaba los pies o las manos. “Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos”. Maravilloso tacto del Maestro que leía en sus corazones y solo intervenía en el momento preciso. Cuando nos encontramos alrededor del Señor Jesús, sentados en su presencia, ¿en qué medida las inquietudes de la vida, las preocupaciones, los proyectos, las disputas que tal vez hemos tenido con los hermanos o con los padres ocupan aún nuestros espíritus? Es mejor que previamente, en casa, ante él, se aclaren y se juzguen las cosas. Jesús dio el ejemplo de humildad to-

mando a un niño en sus brazos. En el reino, la escala de valores será completamente a la inversa: lo que es pequeño, será grande (Marcos 9:30-37). “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29).

Como ya lo vimos, cuando Pedro estaba desconcertado por haber llevado a su Maestro a pagar el impuesto, Jesús esperó encontrarse con él “en casa” para explicarle el asunto (Mateo 17:25). Los cobradores habían preguntado: ¿“Vuestro Maestro no paga las dos dramas?”. Jesús no tenía que pagar nada; lo había dado todo (2 Corintios 8:9); iba a darse a sí mismo.

Casas donde Jesús fue invitado

Podemos distinguir tres tipos de casas; las de los fariseos, las de los pecadores y las que le acogieron. En medio de la diversidad de lugares, de acogimientos, de reacciones, siempre encontramos la misma Persona poniéndose al nivel de cada uno, siempre lista para dar. ¡Qué extraordinario ver al Hijo de Dios hecho hombre entrar en la casa de una de sus criaturas! ¿No quisiéramos también decir con otros: Señor, ven a mi casa? Él desea ser invitado.

a) *Las casas de los fariseos*

Él entraba en esas casas como un maestro, a veces como un censor; siempre llevaba la luz que manifiesta el estado de los corazones, sin dejarse influenciar por las reglas ficticias de una cortesía o de una delicadeza exterior.

En Lucas 7:36,

“

uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa.

Jesús aceptó la invitación, y no parece haberse molestado por la acogida poco atenta de su anfitrión. A esta casa llegó una mujer pecadora de quien Jesús diría: “Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho”. Había discernido la fe que ella tenía en su corazón, fe que la había obligado a entrar en esta casa hostil y a echarse a los pies del Salvador. La visita tampoco fue perdida para el fariseo: “Simón, una cosa tengo que decirte... entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies... no me diste beso... no ungiste mi cabeza con aceite” (v. 44-46). ¿Cómo es recibido el Señor en nuestras casas? ¿Tenemos para él la consideración que él merece? ¿Hay allí lugar para él y para los pecadores que quieran venir a él?

En Lucas 11:37-54 un fariseo le rogó “que comiese con él”. Esta fue una ocasión para que los escribas y los intérpretes de la ley lo acecharan y trataran de sorprenderle en alguna palabra para acusarle. ¡Había osado sentarse sin lavarse antes de comer! El Señor mostró a sus huéspedes que ellos limpiaban lo de fuera, pero que por dentro estaban llenos de maldad. Ellos se fijaban en la apariencia exterior, buscaban la consideración del pueblo, pero Jesús les dijo: “Habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis”. Cuando Jesús está presente, los pensamientos del corazón son descubiertos.

En Lucas 14, un sábado Jesús fue invitado por un gobernante que era fariseo. “Estos le acechaban”: en un día apartado por Dios, ¿se ocuparía Jesús del hidrópico que se encontraba ante él? El corazón del Señor, lleno de compasión, sanó al hombre, pero al mismo tiempo tocó la conciencia de sus acusadores, quienes no podían contestar sus preguntas. Después de esto, Jesús observaba cómo los convidados escogían los primeros asientos. Cada uno se sentó a la mesa en el lugar que pensaba convenía a su importancia. Y la enseñanza del Señor fue esta: cuando el anfitrión entra, pone en último lugar al convidado que se ha colocado muy alto, y hace subir al que por humildad ha escogido una posición inferior. Nuevamente el estado de los corazones fue puesto a la luz.

b) Las casas de los pecadores

Cuando Jesús llamó a Leví, este dejó todo y le siguió. Pero Leví deseaba que sus amigos los publicanos y muchas otras personas conocieran al Salvador que acababa de encontrarle. “Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos” (Lucas 5:29). ¿Por qué coméis con publicanos y pecadores?, le dijeron los escribas y los fariseos. ¿Qué vino a hacer Jesús en este mundo? ¿Vino a condenar al mundo? “No he venido a llamar justos, sino a pecadores al arrepentimiento”. El Salvador estaba ahí, ¿quién le aceptaría?

Zaqueo también era jefe de los publicanos. “Procuraba ver quién era Jesús” (Lucas 19:1-10). Su posición, la multitud, el qué dirán, su estatura pequeña, eran sus muchos obstáculos. Unos dicen: Yo no sé. Otros dicen: No me atrevo. Y otros: No puedo. Jesús conocía el deseo del publicano. Lo vio primero y le dijo que descendiera del sicómoro:

Porque hoy es necesario que pose yo en tu casa

(Lucas 19:4)



Con autoridad el Salvador se invitó porque discernió una conciencia delicada y las primeras manifestaciones de la fe y de la vida nueva en este hombre. Con cuánto gozo Zaqueo le recibió, aunque todos murmuraban diciendo que había entrado a posar con un pecador. Jesús trajo la salvación a esta casa, porque había venido a “buscar y a salvar lo que se había perdido”.

Al final de su camino de amor, Jesús fue llevado a otra casa, la de Caifás el sumo sacerdote (Lucas 22:54). Allí Pedro le negó; los que le custodiaban se burlaban de él y le golpeaban, escupiéndole y cubriéndole el rostro le abofeteaban. La “oveja” estaba ante “sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7).

c) Las casas donde fue acogido

Cuando llegó a **la casa de Simón** y Andrés, Jesús encontró a la suegra de Simón acostada, con fiebre (Marcos 1:30). ¿Había que renunciar a recibirlo por esto? “Y enseguida le hablaron de ella”. Nosotros también podemos hablarle de todos los problemas y las pruebas que sobrevienen en nuestra familia, con nuestros hijos y con nuestros parientes. Tratemos de ver la escena que se desarrolló en la habitación donde el Señor entró, acercándose a la enferma y tomándola de la mano; “e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía”.

Jairo suplicó al Señor que fuera **a su casa**, ya que su hija estaba agonizando. En el camino Jesús se detuvo para sanar a una mujer que le tocó. Mientras tanto la joven murió. ¿Para qué molestar más al Maestro? (Marcos 5:35). “No temas, cree solamente”, dijo Jesús al angustiado padre. Al llegar a la casa, hizo salir a todos y tomó consigo solo al padre, a la madre de la niña y a tres de sus discípulos, y entró donde estaba la niña. Jesús avanzó en medio de la penumbra de este recinto mortuario. Como lo hizo en la casa de Simón, tomó de la mano a la niña y le dijo: “Niña, a ti te digo: levántate”. Enseguida la niña se levantó y andaba. Trajo la vida en la intimidad de la casa, intimidad necesaria entre un alma y su Salvador. En su momento José, en Egipto, también quiso estar solo con sus hermanos para revelarse a ellos. ¿Qué marcaría esta nueva vida? El joven de Naín se puso a **hablar**; la hija de Jairo debía **comer**; de Lázaro está dicho: dejadle **ir**; Dorcas continuó **sirviendo**.

Sin duda **la casa de Betania** acogió muchas veces al Peregrino fatigado; allí él encontró un hogar. En esa casa no entró como censor ni como pastor, sino como un amigo. Un lazo de amor le unía a esta familia. Mujeres que Jesús había sanado de “espíritus malos y de enfermedades” (Lucas 8:2) le seguían en el camino sirviéndole y ayudándole con sus bienes. A su tiempo ellas tendrán su recompensa. Pero los que le recibieron en sus casas adquirieron un conocimiento mucho

más íntimo de él. María se sentaba a sus pies; Marta le servía. Cuando las dos hermanas estaban en duelo, experimentaron toda la simpatía del Hombre perfecto. No estaban más una escuchando y la otra sirviendo; eran dos almas unidas en un mismo dolor, sin otro recurso que el Señor Jesús. Entonces, a la voz de Jesús, vieron la vida brotando del reino de la muerte, y comprendieron el sentido de esta palabra:

Yo soy la resurrección y la vida



(Juan 11:25).

Por eso, después de la muerte del Señor, ellas no perdieron el tiempo yendo al sepulcro vacío. En cambio, a la hora oportuna, en la casa de Simón el leproso, María derramó el nardo puro de gran precio sobre la cabeza del Rey (en Mateo), sobre la cabeza del Siervo (en Marcos), sobre los pies del Hijo de Dios (en Juan). “Y la casa se llenó del olor del perfume” (Juan 12:3, vea también el v. 7).

La casa de un desconocido recibió a los discípulos que fueron a preparar la Pascua. “Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles” (Lucas 22:10, 14). En ese alojamiento amigo, en el gran aposento preparado, Jesús tomó el pan que habla de su cuerpo entregado, y la copa que representa su sangre vertida. Cantaron un himno antes de ir al monte de los Olivos. Allí el Señor Jesús reveló tantos secretos a sus discípulos, extendiendo la conversación en el valle de Cedrón, hablándoles de otra casa, donde hay lugares preparados, de donde vendrá para tomar a los suyos con él, “la casa de mi Padre” (Juan 14:2). A su vez, él mismo los recibirá, y “se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles” (Lucas 12:37).

En todas las casas donde entró, el Señor «dio»: salvación, perdón, sanidad, vida, luz. Solo en la casa de Simón el leproso “recibió” el perfume; en la de Caifás recibió el desprecio y los golpes; en la casa del Padre recibirá la alabanza eterna.

En el camino

“ ¡Cuán hermosos son... los pies...
del que anuncia la paz!
(Isaías 52:7).

El camino del Señor Jesús en la tierra, su carrera, puede dividirse en tres períodos: primero, su ministerio en Galilea, enseñando, predicando y sanando en ciudades y aldeas; segundo, su estancia en Galilea y al norte del país donde, rechazado, “se retiró”; y en fin, el último viaje para subir a Jerusalén.

¿Qué rasgos de su carácter discernimos en este camino? Ante todo, la **obediencia** a Dios; había recibido una misión y la cumplía, aun cuando Satanás trató de desviarlo. Para él solo contaba hacer la voluntad de Dios: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). Su constante **dependencia** lo llevó a ser un hombre de oración, deseando hacer siempre lo que agrada a Dios. A lo largo de todo el camino demostró una **firmeza** inquebrantable. Los obstáculos, los enemigos, los sufrimientos y las decepciones jamás le detuvieron. “Afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). Profundamente turbado en su alma santa por la perspectiva de la cruz, donde debía ser “hecho pecado”, no desvió en nada la meta señalada: “Para esto he llegado a esta hora” (Juan 12:27). A lo largo del camino fue un verdadero **hombre**. Jamás usó de su poder en favor suyo. Tuvo hambre, sed, estuvo cansado del camino, pero de ninguna manera hizo un milagro para aliviarse a sí mismo. Fue pobre, pero no debía nada a nadie. No tenía dinero, pero enriqueció a muchos; no tuvo graneros, pero alimentó a las muchedumbres. ¡Cuántas veces su corazón fue movido de compasión, hasta llorar ante la tumba de Lázaro, o sobre Jerusalén! Hombre perfecto en todo, algunas veces dejó brillar algún rasgo de su **divinidad**. El Verbo hecho carne vivió en medio nuestro, “y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14).

Cuando consideramos su andar perfecto, podemos repetir con el profeta: ¡Cuán hermosos son los pies (no los labios) “del que anuncia la paz”! Y ese sendero de amor le condujo hasta la cruz, donde los hombres clavaron esos pies que habían recorrido tantos caminos en la tierra. El hombre interrumpió voluntariamente el camino del Señor.

En Galilea

Juan el Bautista había mirado “a Jesús que andaba por allí” (Juan 1:36). Los ojos de nuestro corazón necesitan verle así, tal como Mateo, entre otros, nos lo presenta: caminando a lo largo del mar de Galilea, recorriendo todo el país, enseñando en las sinagogas, subiendo al monte, luego descendiendo, entrando en Capernaum; un poco más tarde pasando a la otra ribera, más adelante llamando a Mateo, sanando a los dos ciegos.

Para el pueblo que moraba en tinieblas, la luz había resplandecido. “Jesús iba por todas las ciudades y aldeas” enseñando, predicando, sanando, teniendo compasión de las multitudes, perseverando siempre para enseñar y predicar en sus ciudades. Parece no haber omitido ninguna localidad en esta Galilea despreciada por el resto del pueblo. Desconocido al comienzo de su ministerio (Juan 1:26), aunque su servicio siempre había sido cumplido en público (Juan 18:20), ¿fue mejor conocido al final? “El mundo no le conoció” (Juan 1:10). Unas pocas personas tuvieron los ojos abiertos, discernieron su belleza y, a través de él, vieron al Padre (Juan 14:9).

Un pequeño cortejo le seguía de ciudad en ciudad: los doce, y algunas mujeres (Lucas 8:1-3). Ellas lo había seguido y servido “cuando él estaba en Galilea”, nos dice Marcos 15:41; supieron aprovechar el tiempo cuando la ocasión les fue ofrecida. Tal vez más cerca que otros, ellas habían visto “sus pies” recorrer el camino. En la cruz, cuando todos le abandonaron, ellas estuvieron fieles allí.

Isaías... vio su gloria, y habló acerca de él

“ (Juan 12:41).

En el templo él había contemplado “al Señor sentado sobre un trono alto y sublime”, y había escuchado a los ángeles proclamando: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Isaías 6:3). En la visión profética, había considerado Su humillación (Isaías 53). Pero, ¿cómo le hubiera adorado si le hubiera visto recorrer su sendero de amor, cuando bajo el velo grueso de un “galileo” se escondía la gloria del Hijo amado del Padre!

Sin embargo, “las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros... no se habían arrepentido” y los fariseos “tuvieron consejo contra Jesús para destruirle” (Mateo 11:20; 12:14). Entonces Jesús tuvo que retirarse y continuar su servicio, cada vez más discreto, si así podemos decirlo, a veces fuera de los límites del país. Siempre se retiró con dignidad, sin huir; no hubo nada indecoroso en su comportamiento.

Se apartó

Ezequiel había visto la nube dejar lentamente el santuario, detenerse a la entrada del templo, después a la puerta de la ciudad, para luego desvanecerse en el monte de los Olivos. Jesús se apartó. “Salió Jesús de la casa” (Mateo 13:1); se fue “a un lugar desierto y apartado” (Mateo 14:13); “de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón” (Mateo 15:21). Fuera del país, sanó a la hija de la mujer sirofenicia, cuya fe superó todos los obstáculos. ¿Sería este el fin de su ministerio en Israel?

Lentamente volvió “junto al mar de Galilea” (v. 29), luego “a la región de Cesarea de Filipo” (Mateo 16:13). Pedro, recibiendo la revelación del Padre, declaró: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Entonces Jesús reveló la nueva dispensación que reemplazaría a Israel puesto de lado:

Sobre esta roca (Cristo mismo, 1 Pedro 2:6-7) edificaré mi iglesia.



La Iglesia tomaría el lugar de Israel como testimonio de Dios en la tierra. La revelación sería dada más tarde a los apóstoles; pero para llegar a esto, era necesario que Jesús pasara por los sufrimientos y entregara su vida: “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho... y ser muerto, y resucitar al tercer día (Mateo 16:21). Este anuncio de sus sufrimientos fue repetido cuando descendieron del monte de la transfiguración; luego, con más precisión, “estando ellos en Galilea” (Mateo 17:22). Finalmente, “aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, se alejó de Galilea” (Mateo 19:1).

Hacia Jerusalén

En la parábola de Lucas 10, el samaritano “iba de camino” (v. 33); había dejado el lugar de bendición (Jerusalén) para ir al de maldición (Jericó), figura del Salvador que se había humillado a sí mismo para llegar a ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, a fin de socorrer a los miserables caídos a lo largo del camino.

El evangelio de Lucas hace resaltar particularmente las etapas del último viaje del Señor, desde el momento en que Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). Envió mensajeros para que le preparasen un albergue en una aldea de Samaria; “mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén”. Jacobo y Juan querían hacer descender fuego del cielo, pero el Señor los censuró fuertemente. La pequeña compañía se fue “a otra aldea”; rechazado, Jesús aceptó ser el humilde nazareno y continuó su camino sin murmuración.

“Yendo ellos” (cap. 9:57), les subrayó el renunciamiento que él, el Señor, espera de los suyos: no yo “primero” (cap. 9:59), sino la abnegación que se une en el mismo sendero con él, sin “mirar atrás” (cap. 9:62).

Qué alivio para su corazón cuando, después del rechazo de los samaritanos, “yendo de camino” fue recibido en casa de Marta (cap. 10:38). Fue como un oasis en el camino; allí María, sentada a sus pies, “oía su palabra”.

Pero era necesario continuar el camino:

“ Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, y encaminándose a
Jerusalén
(Lucas 13:22).

§Alguien se extrañó de ver, después de tantos años de ministerio, un grupo tan pequeño acompañando al Maestro. No importa si son pocos, parece decir Jesús; esfuérate tú “a entrar por la puerta angosta” antes de que se cierre (cap. 13:24).

Ante la oposición, Jesús perseveraba: “He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lucas 13:32-33). Había dejado Galilea, su lago, sus colinas, su vegetación. Pronto, desde Jericó, subiría a Jerusalén por ese desierto de Judá, árido y ardiente, donde a lo alto, muy alto y muy lejos, se levantan las primeras casas de esta Jerusalén que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. Desde el monte de los Olivos contemplaría esta ciudad endurecida, envuelta en su propia justicia, donde finalmente solo encontraría una cruz: “Es necesario que... siga mi camino”.

Sin embargo, “yendo Jesús a Jerusalén”, un encuentro regocijó su corazón: el de los diez leprosos a quienes sanó; uno de ellos volvió sobre sus pasos para agradecerle (Lucas 17:11-19). Es la única vez que se muestra en el evangelio que alguien, sanado por Jesús, le agradece, le rinde gratitud. Otros le “siguieron en el camino”, tal como Bartimeo, o las mujeres que le servían con sus bienes. Pero solo este hombre, postrándose “a sus pies”, le dio gracias verdaderamente. Con tristeza el Señor le preguntó: “Y los nueve, ¿dónde están?”. A pesar de todo, uno había vuelto para dar gloria a Dios; así Jesús bebió un poco “del arroyo... en el camino” (Salmo 110:7).

La meta se aproximaba. “Tomando Jesús a los doce, les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, y afrentado, y escupido. Y después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará” (Lucas 18:31-33). En semejante momento, el corazón del Salvador hubiera deseado tanto encontrar quien se compadeciese de él, pero

No lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé



(Salmo 69:20).

De los discípulos se nos dice: “Pero ellos nada comprendieron de estas cosas”. Estaban preocupados por tener el primer lugar en el reino (Marcos 10:35-37, 41; Lucas 22:24).

El Señor **seguía su camino**. El ciego de Jericó supo “que pasaba Jesús nazareno”. Entonces gritó e insistió; el Salvador se detuvo y le sanó. Zaqueo “subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí”. El Maestro lo vio, y se invitó a su casa; la casa del publicano se abrió para recibirle. Esta solo fue una etapa: Iba hacia adelante, “subiendo a Jerusalén”... llegando cerca de Betania, al “monte que se llama de los Olivos”. La multitud que iba a la fiesta clamaba: ¡Hosana! Pero él, “cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella”. Él conocía el juicio que vendría sobre esa ciudad culpable de rechazar a su Mesías. Entró, humilde, montado en un pollino, hijo de asna (Zacarías 9:9; Mateo 21:5). Un día vendrá sobre un caballo blanco, será el “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:11-16).

Por última vez Jesús “**se fue**, como solía, al monte de los Olivos” (Lucas 22:39). Allí, en el huerto, suplicó a su Padre que si era posible pasase de él esa copa, sin embargo se sometió a la voluntad del Padre. Desde entonces, “como cordero **fue llevado** al matadero” (Isaías 53:7; Lucas 22:54, 66; 23:1, 14, 26).

“Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí”. Los pies que tanto habían caminado por los senderos de Galilea y que habían hecho el largo trayecto hasta Jerusalén, estaban ahora clavados en el madero maldito. El **camino** de la humillación estaba terminado.

Tu camino solitario por donde fuiste a la cruz,
De todos desconocido sea nuestro ¡oh Jesús!
En tu senda Tú esparciste gozo, paz y caridad,
Y tu corazón abriste para nuestra humanidad.

Allí ¡qué bienes hallamos, qué tesoros de bondad!
Siempre viendo Dios en ellos amor, luz y santidad;
Por tu sangre redimidos andamos en pos de Ti,
Tuyos ya, de Dios nacidos, queremos servirte aquí.

Y si al andar en tus pasos encontramos el dolor,
También allí probaremos tu consuelo ¡oh Salvador!
Puestos en tu faz los ojos, pese a nuestra poquedad,
El reflejo mostraremos de tu santa humanidad.

Esa senda se termina en el glorioso fulgor
Do brilla la faz divina del Hombre, el gran Vencedor;
Allí, Jesús, satisfecho en los tuyos y en su bien
Y tu amor llenará el pecho del que en Ti halló sostén.

Himnos & Cánticos, N° 117

En la sinagoga y en el templo

Jesús no enseñó solamente en la casa (lugar privado), en el monte o junto al mar (lugares públicos), sino también en las sinagogas y en el templo (lugares religiosos), donde encontró la más fuerte oposición. En los relatos de los evangelios esas sinagogas se ven como un lugar de recursos para las más diversas miserias. Los religiosos pasaban indiferentes al lado de esas necesidades; Jesús tuvo compasión y se acercó a esos desdichados como aquel que sana. Algunos se mostraron en contra, sea porque las sanidades fueron hechas un día sábado o por temor a comprometerse y ser excluidos de la sinagoga (Juan 9:22; 12:42).

En la sinagoga

Desde el comienzo de su ministerio, “recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos” (Mateo 4:23). No estuvo solamente en uno o dos lugares, sino que fue a toda Galilea predicando el evangelio del reino. Cada uno tenía la oportunidad de oírle. ¿Qué encontraba en esos edificios? Legalismo, formalismos, apariencias exteriores y, sobre todo, la miseria humana. Al principio “era glorificado por todos” (Lucas 4:15), pero muy pronto se manifestó la contradicción.

A pesar de la hostilidad, con perseverancia incansable entraba allí una y otra vez sin dejarse desanimar; al final de su vida diría:

Siempre he enseñado en la sinagoga

“ (Juan 18:20).

Su doctrina fue confirmada por sus obras (Mateo 9:35). A pesar de todo lo que a la vista de Dios podía ser deficiente en esas sinagogas, entró en ellas: su presencia siempre estuvo allí para bendecir y hacer brillar su gloria.

En Capernaum, el día de reposo, habiendo entrado en la sinagoga, enseñaba con autoridad y no como los escribas. Un hombre poseído por un espíritu inmundo exclamó: “¡Ah! ¿qué tienes con nosotros...? ¿Has venido para destruirnos?”. Así expresaba su descontento por la presencia de Aquel que tenía todo el poder sobre los demonios. Jesús le hizo callar; el espíritu malo salió del hombre, quien fue liberado ante el asombro de todos (Marcos 1:21-28).

Cuando Jesús entró “otra vez en la sinagoga”, encontró allí un hombre que tenía una mano seca (Marcos 3:1). “Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle”. No había compasión hacia el miserable, sino un espíritu agitado dispuesto a encontrar la oca-

sión para acusar a Jesús, quien de una mano inútil hizo un instrumento eficaz. Por orden suya, el hombre se levantó delante de todos; Jesús hizo una pregunta bien clara: “¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaban”. En pocas palabras el evangelista expresa el sufrimiento del alma del Salvador ante tal dureza: “Mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones”.

La maldad de estos hipócritas provocó esta ira divina, que en el día del juicio será llamada “la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16). El enfermo extendió su mano y le fue restaurada; en seguida los fariseos y los herodianos tomaron consejo contra Jesús para destruirle. Querían permanecer sobre el terreno de la ley sin aceptar la gracia.

Jesús volvió a Nazaret, donde había sido criado.

“ Y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer (Lucas 4:16).

Al principio “estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca”, pero poco después (a menos que Lucas haya agrupado en uno dos episodios distintos), cuando Jesús habló de esta gracia que se había extendido a los gentiles antiguamente, “al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira”. Intentaron despeñarle desde “la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos”. Mas Jesús “pasó por en medio de ellos, y se fue”. Hubiera podido dejarse lanzar desde la cima del monte, sin peligro para él (Salmo 91:12), pero escondiendo su gloria divina, se fue tranquilamente, y cada uno se apartó para dejarlo pasar. “No hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos” (Mateo 13:58). Sin embargo, en su gracia, sanó a algunos enfermos, “poniendo sobre ellos las manos”.

En la sinagoga de Capernaum, Jesús pronunció el gran discurso sobre el pan de vida (Juan 6). Él mismo es ese pan vivo que descendió del cielo para dar vida. Pan que también es su carne y su sangre dada por la vida del mundo. ¿Y cuál fue la reacción? “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”. Jesús, entristecido, preguntó a los doce: “¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 66-69). Tal vez hubo algo de satisfacción propia en esta respuesta de Pedro, sin

embargo fue una respuesta muy notable. Jesús le respondió: “¿No os he **escogido yo** a vosotros los doce?”. Por detrás de esta elección se perfilaba la figura del Iscariote, “el que le iba a entregar”.

“Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar” (Lucas 13:10-11). Ella no pidió nada, no clamó a él. Por estar tan encorvada, tal vez ni aun le había visto. Pero “cuando Jesús la vio, la llamó... Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios”. El corazón del Señor percibió a esta mujer en medio de la muchedumbre indiferente, e incluso hostil, pues “el principal de la sinagoga” se enojó porque Jesús había “sanado en el día de reposo”.

Entristecido por esta hipocresía, Jesús la desenmascaró. Esta mujer era “hija de Abraham”; en su corazón había fe, pero Satanás la había atado, y durante dieciocho años había estado así encorvada. “¿No se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?”. Cuántos creyentes aún hoy están ligados por costumbres, por tradiciones o por un espíritu legalista. ¡No gozan de la libertad en Cristo! El Señor es poderoso también hoy para liberarlos y redimirlos. Sus adversarios se avergonzaron, pero todo el pueblo se regocijaba. Y Jesús siguió su camino hacia “Jerusalén” (v. 22).

En el templo

Las sinagogas eran lugares de oración y de lectura de la ley. Iniciadas en la época de la dispersión, se habían expandido por todo el imperio donde había judíos. En Palestina había un buen número de ellas. El templo, al contrario, era único. Era el centro de culto, centro de reunión, símbolo de la unidad de Israel. El Señor del templo iría a visitarlo. ¿Qué acogida tendría? Antiguamente la nube había llenado el tabernáculo, luego el templo de Salomón. Lo había dejado en el tiempo de Ezequiel, con pesar y lentamente. Y nunca más volvió. Pero Aquel, a quien la nube representaba, iba a entrar personalmente en ese templo, al que llamó la casa de su Padre. ¿Qué encontraría allí?

En su niñez, Jesús fue presentado según la ley (Lucas 2:22-38), para que sus padres ofreciesen allí el sacrificio prescrito para la madre (no para el niño), según Levítico 12. La pobreza de los padres de Jesús no les permitía sino llevar dos tórtolas. Desde el humilde hogar de Nazaret, Jesús “se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

Aparentemente nadie en el templo reconoció al niño. Ninguna atención fue verdaderamente dada a Aquel que José y María sabían que era “Hijo del Altísimo”, el que salvaría “a su pueblo de sus pecados” (Lucas 1:32; Mateo 1:21). Solo un anciano se acercó, dirigido por el Espíritu Santo. Tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”. Simeón bendijo a los padres, pero no al niño, porque él, un hombre mortal, no podía bendecir a aquel que debía ser “luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”. La profetisa Ana se presentó en esa misma hora, dando gracias a Dios y hablando de él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén (Malaquías 3:16).

“Cuando tuvo doce años”, sus padres le llevaron a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Al regresar, no se dieron cuenta de que el niño Jesús no estaba con ellos. Pensaban que estaría entre los viajeros o con los parientes. (A veces los padres, incluso los creyentes, desconocen el estado espiritual de su hijo. O tal vez los padres tienen cuidado de su alma, pero entre la compañía de los que adoran, ¿se ocupan de él? ¿Saben dónde está respecto a lo espiritual?).

En cuanto a Jesús, estaba en el templo, en medio de los doctores de la ley, escuchando y preguntando. Aunque era consciente de su divinidad (Lucas 2:49), no se apartaba de la posición que convenía a su edad: no enseñaba. Pero tampoco tenía necesidad de aprender de esos doctores, él, que lo sabía todo, sin aparentarlo. Fue perfecto en todo, en cada momento de su crecimiento; no obró cuando niño como lo haría luego como hombre.

Durante su ministerio Jesús entró muchas veces en ese templo. Allí encontró al paralítico a quien acababa de curar en Betesda (Juan 5). Este hombre no había clamado a Jesús; solo había podido manifestar su desamparo: “No tengo quien...”, y esto durante treinta y ocho años. Ignoraba aún quien lo había sanado. Fue necesario que Jesús lo hallara en el templo y le dijera: “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (esto indicaba que, sin duda, su enfermedad había sido un castigo por una falta grave). El hombre se apresuró a ir a los judíos para decirles que era Jesús quien lo había sanado, y luego desapareció. Así el Salvador, a pesar de su gracia, a veces es desconocido por aquellos que fueron beneficiados por su poder.

Durante la fiesta de los tabernáculos, “a la mitad de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba”. La multitud estaba allí discutiendo. En medio de ese ruido, Jesús “alzó la voz”, enseñando que estaba en su perfecta humanidad y en su divinidad (Juan 7:28-29).

“ En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan 7:37).

La fiesta de los tabernáculos era la fiesta del gozo. El octavo día era la coronación, el final de las siete fiestas de Jehová según Levítico 23. ¿Por qué hablar de sed en esta jornada culminante? La ley no había llevado nada a la perfección, no podía dar vida. Las fiestas de Jehová habían llegado a ser “las fiestas de los judíos”, ceremonias y ritos sin vida. Ahora Jesús estaba allí. Se podía ir a él, y luego recibir el Espíritu, si se creía en él. Los alguaciles encargados de prenderle no osaron hacerlo, y dijeron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”. A pesar de las advertencias de Nicodemo, la oposición de los sacerdotes y de los fariseos se acrecentó: “De Galilea nunca se ha levantado profeta”. Y cada uno se fue a su casa. Nadie se ofreció para recibir al Salvador, quien fue a pasar la noche en el “monte de los Olivos”.

El evangelio de Juan nos presenta cuatro fiestas de los judíos relacionadas con el templo. La del capítulo 5, donde Jesús halló al paralítico en el templo; la de los tabernáculos, cuando Jesús alzó la voz en el templo; la de la dedicación, cuando andaba en el templo como el verdadero pastor de las ovejas (Juan 10:22-30); la última pascua, cuando fue sacrificado: “Destruid este templo (es decir, su cuerpo), y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19).

A su llegada a Jerusalén, después de que la multitud hubo dado voces, diciendo: “¡Hosana en las alturas!”, entró Jesús “en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anocheía, se fue a Betania con los doce” (Marcos 11:11). ¿Sabemos ver al Señor Jesús mirando todas las cosas atentamente? ¿Había en ese templo un corazón dispuesto para él, una actitud que correspondiera a esa casa de Dios? El Señor buscó en vano. En su primera entrada en esta casa, Simeón y Ana estaban allí; pero ese día no había nadie. Para Israel “ya anocheía”. Jesús salió y se fue.

En la última semana de su vida en esta tierra, el Señor volvió al templo diariamente. Primero para echar fuera a los que vendían y compraban, recordándoles lo que está escrito: “Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”. Luego, unas tras otras, todas las clases religiosas vinieron a él, y Jesús puso a la luz la hipocresía de ellos, su incredulidad, su odio.

Una sola vez su corazón fue consolado. “Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante” (Marcos 12:41-42). Sentado, Jesús miraba. ¡Cuántas veces, en el evangelio de Marcos, esa misma mirada se posó sobre diversas personas! Aquí observaba cómo se daba en el tesoro, es decir, no tanto cuánto era dado, sino la porción que cada uno guardaba para sí. Una viuda se acercó y echó todo lo que tenía. Dio todo, como él mismo entregó todo e iba a dar su propia vida en sacrificio.

La última semana terminó. “Jesús salió del templo y se iba” (Mateo 24:1). Solo faltaba el juicio. Sin embargo, el templo es mencionando una vez más. La víctima santa pasó a Getsemaní, luego pasó por los sufrimientos y el abandono en la cruz. “Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:50-51).



¡Rasgóse el velo! Hecha está eterna redención;
El alma pura y limpia ya no teme perdición.

¡Rasgóse el velo! Dios abrió los brazos de su amor;
Entrar podemos donde entró Jesús el Salvador.

Himnos & Cánticos, N° 58

Cuando los sacerdotes entraron en el templo esa noche, ¿qué vieron detrás del velo? Un santuario vacío: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:38). Pero para el creyente, el velo roto deja ver los cielos abiertos por el efecto de Su obra, lo mismo que al comienzo de Su ministerio se habían abierto sobre su Persona maravillosa. El rescatado penetra en los lugares santos “por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo” (Hebreos 10:19-20). Y su corazón, en unión con todos los hijos de Dios, adora. Esta entrada a la presencia divina siempre será a través de un velo roto, no de un velo quitado. Es muy importante concientizarse cada vez más del precio que fue pagado para darnos este acceso: el cuerpo “roto” de Jesús.

En el huerto

Getsemaní, el huerto de la noche

“Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual **era necesario** sacrificar el cordero de la pascua” (Lucas 22:7). Después de todas las fiestas de pascua que habían marcado la sucesión de los años desde la salida de Egipto, una última se ofrecería según la ordenanza divina. Muchos corderos habían sido sacrificados, figuras del Cordero de Dios que ese día se ofrecería a sí mismo: “La ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

La pascua era una fiesta nocturna: “Sacrificarás la pascua por la tarde a la puesta del sol... la asarás y comerás... y por la mañana regresarás y volverás a tu habitación” (Deuteronomio 16:6-7). En Pentecostés había regocijo. En la fiesta de los tabernáculos: “te alegrarás”. Pero la pascua no era una fiesta de gozo. Esta anunciaba “la noche” en que el Señor Jesús “fue entregado” y el día que seguiría con sus horas de tinieblas.

Cuando en la última cena con sus discípulos Jesús descubrió al traidor, este salió inmediatamente. “Era ya de noche” (Juan 13:30). Noche para el traidor, pero también noche para el Salvador. Entonces instituyó la Cena, que a través de los siglos iba a recordarlo a los corazones de los suyos. Pero, ¿cómo pudo él bendecir y dar gracias (Mateo 26:2) por el pan y por la copa? Nosotros bien podemos bendecir (dar gracias por) la copa de bendición (1 Corintios 10:16). Pero, ¿para él significaba los sufrimientos indecibles de la cruz, el abandono de Dios, la vida entregada, la sangre vertida! Antes de instituir la Cena, había rechazado la copa de vino del gozo. Para él había llegado la hora de recibir la copa de los sufrimientos de la mano del Padre. Pero sabiendo que un día bebería de esta copa de gozo con los suyos, “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio...” (Hebreos 12:2). Antes de ir al monte de los Olivos pudo aún cantar un himno con sus discípulos (Marcos 14:26). A través de los evangelios le hemos visto orar, llorar, animar; por primera vez le vemos cantar. Cuando emprendió el camino de sus sufrimientos, su Padre le permitió anticipar, por un momento, el día cuando vendrá “con regocijo, trayendo sus gavillas” (Salmo 126:6; Isaías 53:11). ¿No hay allí una de las atenciones especiales del Padre, en ciertas etapas del camino de su Hijo?

Para él había llegado la hora de pasar “de este mundo al Padre”. Reivindicó ese momento para él solo. En los capítulos 13 al 17 de Juan, en particular, revela los pensamientos escondidos de Dios a sus discípulos, antes de dejarlos. Les habla del Padre, de la casa, del Consolador y de muchas otras cosas. El relato preciso y conmovedor, por ciertos detalles, que el apóstol hace de esto tie-

ne para nuestras almas la profunda resonancia del testimonio de alguien que estaba allí y lo vivió todo. Al final del capítulo 16, cuando hubo dicho todo, los discípulos asistieron a una escena maravillosa. Aquel que se humilló hasta lavar sus pies, levantó los ojos al cielo, como para establecer un vínculo entre los suyos y el Padre. Entonces ellos oyeron hablar, en la extraordinaria oración del capítulo 17, de una gloria que él tenía “antes que el mundo fuese”; de un amor entre el Padre y el Hijo, que existía desde “antes de la fundación del mundo”. Oyeron al Hijo pedir al Padre que los que le rodeaban, los que el Padre le había dado, un día pudieran contemplar esta gloria y participar de este amor.

“Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto... porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos” (Juan 18:1-2). Ocho de ellos se quedaron en la entrada:

Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro



(Mateo 26:36).

En la noche, en la entrada del huerto, los discípulos esperaron el regreso de su Maestro. Acompañado por Pedro, Jacobo y Juan, Jesús entró al huerto donde comenzó a “entristecerse y a angustiarse en gran manera”. A estos tres les habló de un sufrimiento del que no podía hablar con los otros: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad” (Marcos 14:34). Luego se alejó de ellos, “a distancia como de un tiro de piedra”, y “se postró sobre su rostro”.

Después de las tentaciones al comienzo de su ministerio, el diablo se había alejado de él “por un tiempo” (Lucas 4:13). Ahora, en la oscuridad, se adelanta: “Viene el príncipe de este mundo” (Juan 14:30). Intenta un último y desesperanzado esfuerzo para detener al Salvador en el camino del sacrificio: el enemigo le muestra los sufrimientos, la vergüenza, la afrenta pública en la cruz; el abandono de Dios durante las horas de tinieblas cuando sería hecho pecado; la muerte, el salario de ese pecado. Es el combate de Getsemaní, **del huerto de la noche**.

Pero Jesús no se dirige a Satanás, sino al Padre. Solo de él quiere recibir la copa. Ante él está presentado todo el pecado del hombre, con todos los actos de ayer, de hoy y de siempre, con nuestras rebeliones cotidianas, nuestras pequeñeces, nuestras infamias. Toda la humanidad pecaminosa está presente, de todas partes, de todos los tiempos, con su horrible desnudez. Allí tiene presente dos voluntades, tan santa y perfecta la una como la otra: la de no experimentar la man-

cha del pecado, y la de cumplir la voluntad santa de su Padre que quiere “llevar muchos hijos a la gloria”, pero que no puede pasar por alto la ofensa a su santidad, hecha por el pecado del hombre.

Jesús se dirigió a su Padre en tres oraciones. En la primera pidió “que si fuese posible, pasase de él **aquella hora**” (Marcos 14:35), es decir, la hora del juicio, la hora del abandono. Para él era un pensamiento intolerable ser privado de la comunión con su Dios durante tres horas.

“ Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú (Marcos 14:36).

La copa estaba llena de toda la suciedad del pecado. ¿Quién podía (aparte de Jesús) saber cómo le trataría Dios cuando fuera hecho pecado por nosotros? Cuando nuestros pecados fueran puestos en su persona, no sería escatimado. Tenemos las expresiones exteriores de esta lucha: la oración ardiente en la cual, por primera vez, le oímos llamar al Padre “Abba”; el sudor que caía a tierra como gotas de sangre; pero no podemos penetrar en lo que fue la herida de su alma por la espada de Jehová (Zacarías 13:7), en el momento cuando lo entregaba a la muerte. Todo esto estaba ante él: “Pasa de mí esta copa”.

En la segunda oración no dice más: “todas las cosas son posibles para ti”, sino, en su sumisión, acepta lo inevitable: “Padre mío, si no puede pasar de mi esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42).

La angustia del combate aumentaba. En su tercera oración repitió las mismas palabras que en la segunda. Pero en el momento en que todo ha desfallecido del lado humano, y cuando nuestro Salvador estaba allí postrado en tierra, desde lo alto del cielo Dios, que escuchaba esta oración, envió un ángel: “Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle” (Lucas 22:43). ¡Una criatura descendió para fortalecer a su Creador! ¿Qué vio este ángel? ¡Un sufrimiento tal que el sudor de nuestro Señor caía a tierra como grandes gotas de sangre, expresión de su profundo dolor! Sin embargo la sangre del huerto no era todavía la del sacrificio expiatorio que quita el pecado: Hizo “la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20).

Los escritos evangélicos son muy sobrios sobre estos momentos, pero en los salmos encontramos expresiones que nos permiten entrar más en esta agonía, tal como el clamor del Salmo 102:24: “Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días”. Y la respuesta divina: “Por generación de generaciones son tus años... la tierra, y los cielos... perecerán, mas tu permanecerás... Tú eres el mismo, y tus años no se acabarán”.

En esta lucha terrible, el Salvador se encontró extremadamente solo. En este mismo Salmo 102 se compara al pelícano del desierto, al búho de las soledades, animales considerados impuros (Levítico 11:17-18), que frecuentan las ruinas. Los discípulos se durmieron; solo él velaba “como el pájaro solitario sobre el tejado”. Los techos a manera de terrazas en el Oriente son los lugares donde, al anochecer, las personas se reúnen para compartir. El Señor Jesús estaba completamente solo en su angustia.

“Simón, ¿duermes?” (Marcos 14:37). Poco antes Pedro se había jactado diciendo que estaba dispuesto a seguir a su Maestro hasta la muerte. Y ahora no puede “velar una hora” con él. Como los otros discípulos, se había dormido de tristeza; no vio nada ni oyó nada de esa lucha ni de la angustia de su Maestro. La pequeña capacidad de compasión de los discípulos había resbalado a lo largo del sufrimiento del Salvador, sin penetrar en esa angustia, ni comprenderla.

Luego Jesús se levantó de su oración y fue hacia sus discípulos. La lucha había terminado: “Basta” (Marcos 14:41). De las manos del Padre, tomó la copa de los sufrimientos. Desde ahora no habrá más angustias, pero ¡cuántos dolores! El traidor avanza en la noche, acompañado de una turba armada. Se acerca a Jesús para darle un beso, y el Maestro le dice: “Amigo, ¿a qué vienes?”. Sí, ¿para qué vienes? ¡Por treinta piezas de plata! En los tres primeros evangelios toman a Jesús y lo llevan ante Caifás. En Juan, es el mismo Jesús quien se entrega: Jesús les preguntó: “¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy... Si me buscáis a mí, dejad ir a estos”. El pastor entrega su vida en lugar de sus ovejas.

El huerto de la aurora

El día de la crucifixión, después de que todas las clases del pueblo desfilaron ante el Calvario, con sus burlas y sus injurias, y cuando Jesús hubo entregado su espíritu, se hizo un gran silencio. Cuando llegó la noche, dos hombres, Nicodemo y José de Arimatea, se encontraron al pie de la cruz para ocuparse del cuerpo de la Víctima santa y sepultarlo. Uno de ellos, el rico, fue anunciado mucho tiempo antes por los profetas. Para el otro, la palabra que el Maestro le había hablado

en la noche: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”, por mucho tiempo incomprendible para él, se aclaró al instante, cuando estaba allí ante Jesús en la cruz. “Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo”.

El cuerpo fue embalsamado con una mezcla de mirra y áloes de más o menos cien libras, dados por Nicodemo; luego envolvieron el cuerpo en una sábana limpia traída por José. Ambos lo pusieron en el sepulcro nuevo. En el silencio de esta noche, ¿hay una profesión de fe más elocuente que la actitud de estos dos hombres llevando los despojos de Jesús, el vaso en el cual la plenitud de la deidad se dignó habitar? En un lugar así, no hubo indicio del pecado, pues el Salvador lo llevó durante las tres horas de tinieblas. Pero ahora la contaminación es puesta para siempre lejos de la mirada de Dios. Hicieron rodar una gran piedra a la puerta del sepulcro; luego los dos hombres se fueron, pero “María Magdalena, y la otra María” estaban allí, “sentadas delante del sepulcro”.

Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana (Mateo 28:1), las dos mujeres volvieron al huerto para “ver el sepulcro”. Al alba, un ángel del Señor descendió del cielo, removió la piedra y se sentó sobre ella en señal de victoria.

En la tumba vacía no había nada empañado por la corrupción



(Salmo 16:10).

El sepulcro seguía estando nuevo, la sábana limpia, los lienzos en orden, el sudario doblado aparte, la piedra removida.

En Juan 20:1 se nos dice que María Magdalena fue al huerto “siendo aún oscuro”. Vio la piedra quitada y corrió a decirlo a Simón Pedro y al otro discípulo. Ellos también fueron corriendo al sepulcro y vieron los lienzos puestos allí. Pero aún desconocían las Escrituras que hablan de Su resurrección de entre los muertos, y volvieron a sus casas. “Ya salido el sol” (Marcos 16:2, la aurora del primer día de la semana), llegaron las mujeres con las especias aromáticas. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” (Lucas 24:5). Ellas fueron a dar la noticia a los once y a los demás.

María Magdalena ni siquiera pensó en volver a su casa, como Pedro y Juan. Ella se quedó llorando “junto al sepulcro” (Juan 20:11), como había estado “junto a la cruz” (cap. 19:25). Cuando vivía Jesús, lo había seguido como su Libertador. Junto a la cruz, lo había contemplado como su Salvador; había comprendido que para darle la vida, él había ofrecido la suya. Ahora, sola en el huerto, buscó ver y comprender más aún. Ella había traído las especias; pero en su interior tal

vez sintió que podría hacer algo mejor que ungir el cuerpo de Jesús que había desaparecido. Y de hecho, si lo hubiese encontrado, no habría recibido tanto como lo que iba a coronar su búsqueda: hallando a Jesús resucitado tendría más de lo que pensaba.

Cuando Jesús la interrogó: “Mujer, ¿por qué lloras?”, ella no reconoció su rostro; pensaba que era el hortelano. Pero cuando la llamó por su nombre: “María”, inmediatamente reconoció su voz, a través de la cual los siete demonios habían sido echados de ella. Una conversación inolvidable de solo dos palabras: “María... Raboni”. Fue el primer encuentro del Señor resucitado, quien “apareció primeramente a María Magdalena” (Marcos 16:9). Por una mujer entró el pecado en el primer huerto. Por una mujer el Vencedor resucitado fue acogido en el huerto de la aurora.

El Señor apareció a muchos más: a los que iban camino a Emaús, quienes volvieron a sus hermanos; estos, a su vez, les contaron las apariciones del Resucitado. El Señor se presentó por la noche en medio de ellos, y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. No se apareció allí como un gran vencedor para contar sus hazañas y sus luchas, sino como alguien que pasa, y en la intimidad de este aposento alto trajo la paz a los suyos, y les mostró sus manos y su costado: “Mirad... que yo mismo soy”. Luego dio “muchas pruebas indubitables” de su resurrección (Hechos 1:3; Lucas 24:39-43; Juan 20:27 etc.). Hoy bien podemos conocer también esta comunión que una María, un Juan, un Pedro, y los discípulos gozaron entonces:

“ A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso (1 Pedro 1:8).

En las declaraciones del Resucitado nada sobrepasa el mensaje confiado a María Magdalena: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. Por más maravillosa que fuese esta revelación, María tenía otra cosa que decir primero a los discípulos: “que había **visto** al Señor” (Juan 20:18).

Después de haber considerado el maravilloso camino que nos condujo desde las orillas del Jordán hasta el huerto de la aurora, ¿podemos decir como aquellos discípulos: “Al Señor hemos **visto**”? (Juan 20:25). Y, como el Señor, ¿sabremos ocuparnos de los demás? Después de su rechazo, él pensaba en las almas trabajadas y cansadas (Mateo 11:28). En Getsemaní se ocupó de los suyos; en la cruz, pensó en su madre; y en la mañana de su resurrección, vino primero a María, luego a sus hermanos.

G. André

Por la fe ya contemplamos tu divina majestad,
Y en tu luz consideramos, Señor, tu tierna bondad;
La gloria que te rodea en la celestial mansión,
Nos ilumina y penetra todo nuestro corazón.

La gloria de tu Persona manifestada en amor
Y el honor que te corona, brillan en tu faz, Señor;
Mas en gracia descendiste a este mundo de maldad,
Y muriendo nos cubriste de justicia y santidad.

El alma queda extasiada ante tu gracia, Señor,
Siempre sea celebrada la grandeza de tu amor,
Tu regreso ya de anhelo llena nuestro corazón,
Para sondear en el cielo de tu amor la perfección.

Himnos & Cánticos, N° 77